

Virtualidad de las catástrofes en tiempos de paz

CARLOS TOBAL

1 AHORA VENDRÁN CARAS EXTRAÑAS. El aspecto de Buenos Aires está variando de la mano de extraños inversores, hay lápices detrás del cambio. Puerto Madero, por ejemplo, se eleva hacia el cielo como una microciudad sin pasado. Hay una moda edilicia de barrio cercado por dentro, la palabra clave es *amenities*, incluye piscina, gimnasio, vigiladores las 24 horas, cámaras en cada lugar, tal vez armas.

Como si los ricos tomaran naturalmente para sí la idea setentista de la doble vida, aquella clandestinidad portátil de los guerrilleros urbanos al estilo Clark Kent, la imagen mansa de Superman.

La idea subyacente sería la duplicación y está ligada a la tan mentada “inseguridad”. El consumidor puede fabricar un *back up* de sí o de sus cosas esenciales y, en caso de destrucción, asalto o ataque, pasado el momento penoso, recuperará su habitualidad.

En sitios delicadamente modestos, aparecen bares *franchising* que son la copia programada de sus originales. *Lofts* construidos “a estrenar” reproducen la arquitectura de los viejos talleres abandonados, que habían sido *okupados* por artistas plásticos desclasados, después de la crisis textil en Nueva York.

Aquí tuvieron la aceptación de los compradores de clase media porque daban fe de su malestar cultural. Arquitectura del “destape”, reciclaba benevolente las antiguas rebeldías.

2. HOSPITALIDAD DE VIDRIO Y CEMENTO. El diseño desempeña, por detrás, un rol beatificante. A pesar de lo snob, esos bares tienen la virtud de ser sitios de recogimiento, un homenaje a la vida ecológica, alimentos especiales, un toque vegetariano disminuiría el sacrificio animal, como sustituir los tapados de pieles por su reproducción sintética. La piedad muy bien puede ser elegante.

Cuando la copia es exitosa se vuelve hospitalaria y la originalidad ya no interesa. Cada cual, allí, parece hacer lo que quiere; el sol penetra por los escotes abiertos en el techo.

Ese día, estaba tratando de escribir una idea repentina respecto de la persecución al juez Garzón en el mantel de papel marrón que luego me traje para capturar el instante. La gente almorzaba grandes fuentes de lechuga con té frío.

Aunque uno estuviera protegido por un cerco de seguridad, pensé: la violencia global es como las ratas o el agua estancada, inventa sus canales para penetrar. Si la guerra era la política por otros medios, muy bien la política podía ser una guerra de baja intensidad contra la población civil y los recursos naturales.

Quizá era yo el desubicado, aunque nadie me mirara. La mujer de la otra mesa hablaba muy alto, e irrumpió de golpe en el clima del lugar. Pensé que nadie más la notaba, pero yo estaba atento tomando nota de las mutaciones ciudadanas provocadas por las variantes políticas. Una relación entre los cambios sociales y la

irrupción de conductas anómalas que se extendían al modo de la epidemia.

Ella usaba un solero sostenido de una tirita muy fina (de los que no requieren corpiño), hablaba en extranjero, en voz maquinalmente autoritaria como hacen los alemanes, o la gente detrás de un celular en medio del bar.

El cambio de entonación producía una intrusión, como el humo del cigarrillo que envolviera las caras, la ráfaga de frío que entrase por un postigo que de golpe se abriera. Aunque no gritara, parecía insolente. Entrecerré los ojos y la apunté con mi lapicera.

Estaba rodeada de varias personas con anteojos sentados en sillones, inclinados sobre la mesa demasiado baja. La escuchaban atentamente, sin percatarse que la moza trataba de entreverar las tortas que traía en amplios platos decorados, esquivando sus rodillas.

Imaginé un tirón y las tetitas grandes quedarían duras y paradas como una *bavaroise* de vainilla —con un botón naranja—, reverberando en medio del plato. Raro lo que despertaría una teta bellísima que quedara a merced, de repente, sin autorización. La tendencia a no desperdiciar lo oportuno. Escribí en mi mantel: *Relación entre el oportunismo y la discriminación*. Era un subtítulo.

Pensé: la dictadura fue un crimen catastrófico de lesa humanidad. Revirtió el sentido de lo común y tuvo, incluso, efectos a largo plazo en la evolución de la arquitectura de los lugares de acceso público.

En la idiosincrasia y trato ciudadano, la emergencia, lo excepcional, ocupó el lugar de lo permanente, y esa alteración perduró, lo que se dice una secuela, la extensión de una deformación como la de los hijos de Hiroshima y Nagasaki. El daño emergente, luego, se convertirá en servidumbre humana, con la cual el ser disminuido debe adecuarse a convivir. El mundo de la vida se le ha apocado como hecho consumado.

El resultado material de la exacción irá a las arcas del dominador quien tampoco saciará su goce que, por algún místico fetichismo, también a él lo esclaviza.

En 1873, Marx ironizaba a los “ingeniosos” que reclamaban en pro de *la función de enriquecerse* como garantía de la salud del circuito y moralizaban contra el capitalista que, ante el conflicto fáustico entre la lujuria de consumir su riqueza y la abstinencia para acumularla, cedía a su pasión (*El capital*, 22, 3). Hoy, los ejecutivos de las multinacionales, habilitados estructuralmente, se enriquecen sin fin, reproduciendo la situación de miseria y muerte planetaria. Engullen y bañan en petróleo a las gallinas de las riquezas, a costa de reincidir en la crisis global del sistema. Escribí en mi mantel: *De la metamorfosis de la vida íntima en situación de catástrofe a la extensión de la emergencia en épocas normales*. Otro subtítulo.



3. LA LEJANA PRUEBA DE LOS DAÑOS. Los hechos catastróficos son una explosión que, con el primer estruendo, se zambullen en el océano del tiempo y siguen viajando en el espíritu social.



La foto del pueblo abandonado por la Infantería después de la invasión que violó mujeres, por ejemplo, no distinguiría matices entre los escombros, los cadáveres y los vientres abiertos.

Aun entre los restos, la gente de pueblo reanudará la cotidianidad por fuerza de lo dado. La cuestión no es el estado de las cosas sino la natural necesidad de recomenzar.

En beneficio de la mirada, todo se torna borroso, la vista de meros restos, luego rastros; la estela fugaz que perdura después del impacto. Un cuadro de Jackson Pollock.

Una foto satelital de la noche en la Tierra es aérea, pero se vuelve soterrada porque la enorme distancia difumina el paso del tiempo, como un cerebro que —en pro de seguir viviendo— olvida los hechos más dolorosos.

Luego, la Historia fija normativamente el estado en que el desastre dejó a las relaciones sociales.

Lo que, más allá de su injusticia, suele traducirse en el aforismo: “La historia la escriben los vencedores”. Eso dejó paso al derecho llamado de conquista: el botín y el dominio pasan a ser la contraprestación por el dolor y los muertos propios invertidos en la batalla, que toma el vencedor.

Dado que él imponía su voluntad al vencido, ha quedado como norma o derecho *natural* la obligatoriedad de la voluntad del más fuerte, conocida como Justicia. Joaquín Meabe la ubica ya en Homero.¹

La costumbre resultó fuente de derecho por el valor otorgado al hábito, en el sentido de que la repetición confunde origen con procedencia haciendo perder de vista a la causa, que se escurre entre los escombros.



De ahí que el *Guernica* de Picasso refleje bocas abiertas pero mudas, y que funcione como la instantánea del transcurso del tiempo.

Los gritos y terrores se diluyen a un segundo plano, como los graznidos de los gansos que los nazis azuzaban para tapar los aullidos de la cámara de gas de Sobibor, el campo de exterminio.

En verdad, no ocultaban nada, los aldeanos polacos vecinos simplemente comentaban: “Los judíos hablan y gritan como gansos”.

Los aullidos, cada vez, eran por diez o quince minutos, después sobrevénia el silencio. Un ejercicio de adecuación a la planificación social.

Como el dicho argentino de *por algo será*, que otorgaba a los vecinos el beneficio de neutralidad en la época de las desapariciones forzadas. Los procedimientos por izquierda eran los gansos nazis.

La inmersión de la población en lo sórdido, a largo plazo devendrá en sumisión aun cuando la violencia directa haya cesado.

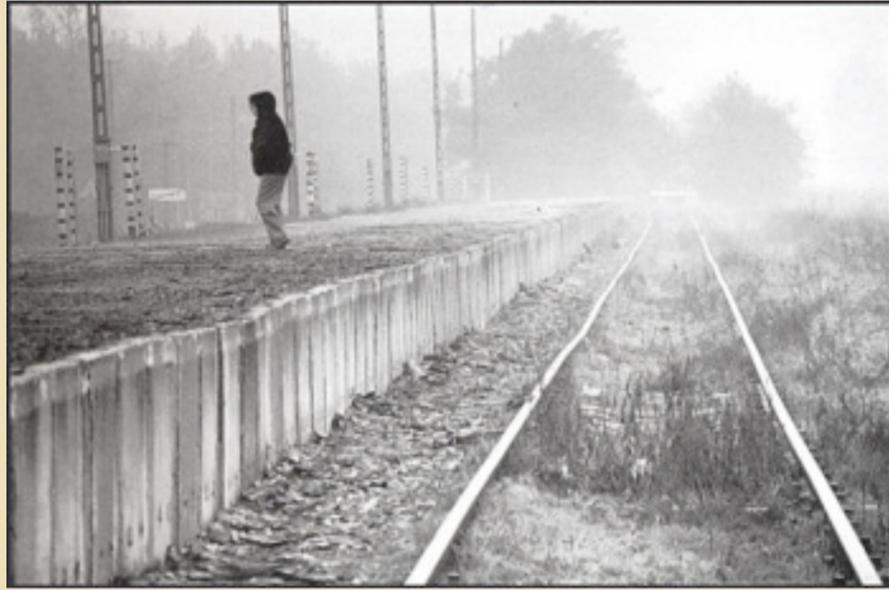
¹ JOAQUÍN MEABE, *El Derecho y la Justicia del Más Fuerte*, ITGD, Corrientes, 1994.



Se intuía, en general, lo que estaba ocurriendo pero la pretensión de disimulo del victimario gobernante, habilitaba la complicidad del testigo, la volvía tácita, asimilando al hombre civil dentro de la obediencia debida, volvía súbdito al ciudadano.

En realidad, el tema principal suele ser evitar el escándalo.

Son inimaginables las cosas que pueden llegar a soportar la vida civilizada para no romper la convivencia.



Así, la diferencia entre civilizados y bárbaros no es de sustancia sino de forma.

Los bárbaros serían los que no respetan la proporción debida entre el volumen de los ruidos que emiten y la fuerza real que poseen y controlan. Porque los nazis gritaban y cómo, pero era un ruido instrumental, ellos eran los civilizados. Los gritos de los dueños son órdenes y los otros, graznidos o exudados de animal que haga sus veces.

El rasgo principal de la civilización es la pretensión de encausar el mundo y la vida dentro de un sistema, la cosmovisión hegemónica será la de quien lo domine.

El sentido de la dignidad va a depender de los matices, y cambia según la posición en que se encuentre el que protesta o se queje.



“...y por las calles la sangre de los niños / corría simplemente, como sangre de niños” (Neruda).

Ahí, recordé la persecución al juez Garzón, e inserté otro subtítulo: *Geopolítica de la muerte. Coexistencia de genocidio y democracia*. También ubiqué unas fotos, y un fragmento del poema de Neruda: “Explico algunas cosas”.

4. *IT'S A WONDERFUL LIFE*: GARZÓN ES JAMES STEWART. El título del film *It's a Wonderful Life* (1945, Frank Capra) fue traducido al español como “¡Qué bello es vivir!”.

Los publicistas de la posguerra desconfiaban de la empatía que, en el público español, pudiera provocar el ejemplo ético de un hombre generoso en problemas. Tenían razón, la película quedó como un clásico pero, en taquilla, fracasó. Precavidos, los *marketeros*, alteraron la traducción e incluyeron a todos en el título, extendiendo generosa, gratuitamente, la belleza del vivir.

El recuerdo de la segunda guerra mundial estaba muy fresco, el fascismo había dejado sus rastros en las idiosincrasias, el Plan Marshall aún no se había aplicado. Y a los niños argentinos de entonces, nos decían: “Los chicos de Europa se mueren de hambre y vos desperdiciás tu comida”.





En términos estrictos, la solidaridad, si bien significa correr la misma suerte de otro, no es necesariamente fraterna o generosa. Por algún misterio, el sentido que el uso les da a las palabras solidaridad y libertad excede su significado.

La aplicación jurídica de los vocablos incluye, muchas veces, significados míticos o primordiales que en el habla se abandonaron aunque permanecen latentes, por lo que su consideración no puede válidamente abandonarse.

Así, ser solidario legalmente implica convertirse en garante, pagador principal de las obligaciones del deudor original; el que —por un prejuicio de la moral mercantilista protestante— ocupa un lugar subalterno en la consideración social.

En metafísica y en política internacional, el deudor principal, sin embargo, es titular de los mayores poderes, el Acreedor, es decir Dios. Debe todos los beneficios; se espera de Él las felicidades, dueño del verbo, otorga también las desgracias.

Dios opera por un cuerpo de ángeles, especie de intermediarios. En la tierra, ejerce mediante portavoces, es decir los Vicarios.

La película comienza con un diálogo de organización en el cielo, con un ángel que viene fracasando.

El escalafón celestial se plasma con el premio de las alas. El mérito que un ángel necesita para ganárselas, es el bien que logra realizar en las misiones que se le encomienda, mandándolo a la Tierra para amainar alguna situación injusta que de otra forma sería irremediable.

En este caso, el interés del ángel es solidario con la suerte del buen hombre que está a punto de suicidarse.

George Bailey es el personaje que desde su infancia sembró beneficios ajenos. A costa de postergar sus sueños más preciados, se dedicó maquinalmente a evitar males mayores. Especie de cooperativista privado, confiaba en la bondad básica de la gente. Desde chico estuvo convencido que la felicidad social se construía concertando las voluntades de los hombres comunes. Dentro de los cuales estaba él.



En su pueblo gris, que anhelaba abandonar para conquistar el mundo, fue tejiendo una tela social de cariños cotidianos y de amor profundamente hogareño.

Pero el pueblo tenía dos caras, su conducta afectaba intereses y sólo adormecía el egoísmo general.

Cuando finalmente fracasa, todo se derrumba y está punto de matarse convencido de su propia nulidad. El ángel que llega se encuentra en dificultades para lograr su colaboración.

Hasta que produce el experimento de hacerle atravesar la vivencia de cómo sería el pueblo si él no hubiera existido. Por contraste, eso le da finalmente la fe necesaria para revertir el gran fracaso.

Como decía Charles Dickens, inspirador evidente de la historia, todo cambia en Navidad.

La fiesta es la prueba que la conciliación de intereses contrapuestos es posible, que el amor no contradice a las normas, las que por lo contrario, están para plasmar el recíproco amor general.

La película, radicaliza de alguna manera la humanidad del estado de cosas, y quiere mostrar que el cumplimiento extremo de la ley coincide con la bondad, que desemboca en la felicidad.

Pero, pensándolo, después de las lágrimas, sentimentales (inevitables al terminar), queda el saldo: en ese mundo, finalmente, los caracteres de los personajes caben cómodamente en sus puestos dentro del escalafón social.

No hay traidores. Todos saben que el banquero, monopolista, es un acaparador, un Goliat, como el Guasón enemigo de Batman, cuyo triunfo cambiará, sin que lo sepamos, nuestras vidas íntimas.

Eso despierta una cavilación respecto del entramado que se produce entre el interés de las instituciones y la vida privada. La relación entre los sueños que despierta una determinada posición jerárquica en la pirámide social y la conducta personal en el hogar.

5. LA ANSIEDAD DE LA INFLUENCIA. Kafka tiene, al respecto, una escena impresionante. En *La metamorfosis*, Gregorio Samsa, que “se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto”, había observado el placer que demostraba el padre en lucir su uniforme de ordenanza bancario, aun en la intimidad de su casa.

Después que Samsa se convierte en bicho, está encerrado en su pieza y debe faltar obligadamente al trabajo.

Eso provoca que su jefe alarmado, en una actitud excepcional (el muchacho nunca se había ausentado), acuda personalmente a la casa para inquirir sobre los motivos de la ausencia.

Samsa, ya transformado, pero no totalmente conciente de su metamorfosis, sobrellevando terribles dolores logra con su mandíbula abrir la puerta, para tranquilizar en persona a su jefe, que lo requería desde afuera. Luego de intentar mediante sus frases que ahora sonaban guturales y animales, calmar a su superior respecto de lo pasajero de la dolencia y de su ausencia.

La presencia, en su nueva forma, va a desencadenar el escándalo. Él, que no se ve, insiste en querer explicarse y contemporizar con su jefe, que huye despavorido por la escalera. El padre, en lugar de conmoverse por la terrible y repentina enfermedad del hijo, quiere acomodarse con la jerarquía y, para ahuyentarlo, le dispara una manzana, la que con gran dolor se le incrustará al joven dentro del caparazón, será la que, fermentando impunemente dentro de su organismo lo llevará a la muerte. Y a la irónica liberación familiar que habrá de reiniciar su cotidianidad, casi alegremente, como si nada hubiera pasado.

Es, digamos, el tierno triunfo de hipocresía, la contracara de la belleza navideña de la vida.

6. LOS RESTOS SUBYACENTES DEL PODER MEDIEVAL. Con todo, la característica más importante de esta cosmovisión es que, a pesar de la



Revolución francesa, de la Ilustración y de los escritores constitucionalistas norteamericanos, dentro de la idiosincrasia occidental persiste la filosofía medieval. La que, como explica Ferrater Mora, veía a la realidad articulada jerárquicamente con Dios como cima rectora. La creación era una idea según la cual el ser surgía de la nada; es decir, era dios o la nada.

De verdad, era una opción ilusoria entre dos imposibilidades que tendía a implantar la representación de dios en la Tierra.

Es decir, un gobierno totalitario y totalizador derivado de la voluntad divina que, luego de la restauración postnapoleónica, fue armonizado con las vestimentas del discurso constitucional republicano.

Con menos tapujos, Franco, decía: “Un estado totalitario armonizará en España el funcionamiento de todas las capacidades y energías del país”.

En términos contemporáneos, la nada es un icono vacío, si *clickamos* en él, solicitando la remisión a su fuente, nos responderá que no hay archivo contenido en el sistema; y su instalación no será factible porque —su nombre lo indica— no existe experiencia de la nada.

Sólo nos queda Dios. De él hay experiencia, no realidad. Salvo, por supuesto, la voz de los Vicarios, sus representantes en la Tierra. El resto, es la historia conocida del poder terrenal, variantes, conflictos, transmisiones y formas de organizarse.

La normalidad, entonces, la dicta el fin geopolítico del Estado. La vida material de los ciudadanos pasa a ser un elemento *disponible y administrable* cuya suerte privada dependerá del poder. La vida política objeto del disciplinamiento social.

7. LA CRISIS DE LA REPRESENTACIÓN Y LA REALIDAD VIRTUAL: LEGITIMIDAD Y DEMOCRACIA. En el tamiz de este devenir, vemos que hay dos presupuestos conceptuales interconectados que son la herramienta tácita de la organización política, a saber: la representación y la virtualidad.

Existe una férrea, aunque oscura, relación entre la influencia del pensamiento medieval en la idiosincrasia popular y la verticalidad de la organización estatal, que excluye por principio la puesta en práctica de la soberanía popular.

Dios, en algún tiempo bíblico, habría otorgado su exequátur a lo que devino poder real. Los sabios lo sabían por obra de la revelación.

La esencia de la República emergería, luego, de la Constitución del Estado, que colocó a la Soberanía Popular en el vértice etéreo que antes ocupaba Dios, quien más allá de la adoración había reinado sin gobernar.

En teoría, el pueblo era el depositario de la razón de ser del orden vigente. De ahí que la Organización pasaba a convertirse en una democracia representativa. Todos los funcionarios ejercían el poder representando al pueblo quien, como único soberano, lo delegó en ellos.

Ahora, la lógica llevaría a pensar que la representación era de fondo provisoria, y obedecía a la razón práctica de que el mandante había designado a un mandatario por su dificultad concreta de ejercer personalmente la gestión. La misma regiría mientras dicha dificultad persistiera. Veamos. ¿Cuál es la complejidad en cuestión y el contexto reflexivo de la representación?

Tiene doble significado, se refiere a la percepción de la realidad: la cosa en sí, estaría ausente de nuestro conocimiento, accedemos sólo a su registro mental sensitivo. Como los cautivos del mito de la caverna platónica, los pueblos no verían la realidad concreta sino sus sombras movedizas.

A su vez, el sujeto real de la soberanía, el pueblo, tiene vedado deliberar o gobernar. Lo hace sólo fictamente por medio de sus representantes. Es decir, también está separado de la tramitación



de su vida pública. Ambas carencias estarían apoyadas en la naturaleza material, tumultuosa, de las cosas y en la complejidad de las gestiones.

Más que de una ausencia se trataría de una presencia virtual. La cosa existe pero está en otro lado, lo que se ve es su mera apariencia, la sombra colorida del meollo. Hay, digamos, una realidad tangible y otra sólo perceptiva.

Antes de la entrada del mundo en la computación, la discusión sobre la materialidad de las relaciones y de los objetos tenía una trascendencia política de otro tipo. Debido, incluso, a la distancia temporal entre el ser y el percibir. La falta de inmediatez en las comunicaciones hacía que las ideas, durante el viaje del emisor al destinatario, estuvieran en Tierra de Nadie.

En 1908, Lenin se apresuraba a defender filosóficamente la materialidad de los objetos percibidos. El idealismo que lo negaba, no tenía espacio para la praxis e implicaba también la imposibilidad de cambiar el mundo. Hoy, se ha diluido la importancia política de la contradicción entre la materialidad y la idealidad del mundo exterior.

Casi todas las relaciones son total o parcialmente virtuales y producen, sin embargo, efectos prácticos, contiguos, continuos, determinantes y similares al mundo real.

Como dijo Gilbert Simondon, hay un modo de existencia de los objetos técnicos, que produjo un “proceso de concretización”. La transducción, es decir, la capacidad de transformar una energía en señal de otra naturaleza, ha variado la posición del hombre en el proceso de producción.²

Ante la máquina, más que fuerza, el operario traslada información, alterando la “necesaria” separación entre trabajo manual e intelectual, argucia histórica que justificaba la esclavitud.

El manejo de la cultura de la técnica, le permitiría al hombre el paso de ser “esclavo de la máquina” a la posición de intermediario, especie de asociación que sustituye la causalidad por el fin.

Hasta podría llegar a descubrirse que lo esencial del ser humano no es el trabajo sino el juego. Y esa virtualidad, paradójicamente, le quita entidad a los motivos que la representación tenía para que lo y el representado estuvieran separados. El poder de los representantes que podían y solían defraudar impunemente a sus representados, ha perdido una de sus razones de ser.

Si la parte del mundo que es virtual, no es tangible pero influye y a veces determina técnicamente la realidad, ¿por qué los representados no podrían operar sobre la realidad y participar, defender o controlar directamente sus derechos e intereses; teniendo que someterse a la pasiva y engañosa votación de cuatro o más años?

8. ¿POR QUÉ GARZÓN SERÍA LA APORÍA DE LA DEMOCRACIA? La primera curiosidad es ubicar la razón por la cual el acoso a este juez de corazón en la mano, ha causado tamaño revuelo mundial. Las repercusiones son índice de que la cuestión atañe un punto nodal de la coherencia interna del sistema.

Un blindex por ejemplo resiste grandes golpes, pero tiene un punto de quiebre. A primera vista el tema se ve pequeño, pero pensando surgen variados conflictos condensados.

² “El hombre como ser técnico realiza transducciones muy variadas: de materia, de energía, de capacidades corporales, de imaginación. Tiene en sí la capacidad de relacionar lo actual con lo virtual... La etapa que abre la cibernética para la filosofía de la técnica... consiste en que el hombre comenzó a translucir su supuesta intimidad (conciencia, percepción, acción) olvidando que, si hay algo íntimo en el hombre, pero también en cualquier ser vivo, es esa acción entre lo actual y lo virtual que ninguna máquina puede recrear. La máquina sólo existe en lo actual y no puede habitar “la recurrencia del porvenir en el presente”. Pero eso no significa que la imagen de lo humano salga indemne...” (GILBERT SIMONDON, *El modo de existencia de los objetos técnicos*, prólogo de Pablo Rodríguez, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2008).



Nadie ignora que la llamada democracia española se sostenía sobre el encubrimiento del genocidio franquista, cuyas víctimas pueblan su tierra por debajo.

La propaganda, de la misma manera que la defensa de los comandantes de la dictadura militar argentina en el juicio a la Junta, le echaba la culpa de la masacre a la guerra sucia: habían sido las atrocidades, los excesos propios de toda guerra. Los desaparecidos —decía Videla— eran una entelequia.

El juez Garzón, pretendió, sin más, aplicar la ley y los nuevos tratados internacionales.

La turbulencia aparece en el “sin más”. La ley estuvo hecha para fijar e institucionalizar la superioridad de fuerzas que dio el triunfo en la guerra. La masacre de los vencidos apresados y de los civiles capturados se consumó para asegurar dicho poder.

Como el mero valor de cambio el Orden fue fabricado para circular o hacer circular, no para conocer sus fundamentos. Lo que se muestre, no será lo que se ve. La fachada no es el sustento, el que —en definitiva— está constituido por la fuerza.

Yendo al Kafka de *Ante la ley*: tenemos lo que se ve detrás de lo abierto de la puerta: es no cognoscible, sólo virtual. La puerta se encuentra abierta para alimentar la esperanza del hombre en su declinación. Una vez adentro, marcará una salida no transitable, se cerrará detrás de quien se haya atrevido a trasponer el umbral.

Garzón —confiando en la literalidad de los deberes de su investidura— la traspuso. La puerta, como marca la emboscada semio-culta que defiende la materialidad del poder, se cerró sobre él.



9. MASA Y PODER. El exterminio socio económico es uno de los matices del genocidio general que lleva a cabo el sistema imperial en pro de su geopolítica.

Para asegurar la institucionalización de los resultados obtenidos, interviene en lo grande y en lo pequeño, protegiendo la impunidad de sus operadores, a los que, cuando lo consideró necesario, convirtió en fieras sedientas de sangre. Según lo había dicho Ernesto Guevara ante las Naciones Unidas, en ocasión del asesinato de Patricio Lumumba.

Antiguamente, los atenienses luego de derrotar a los débiles Melos, cuya pertinaz neutralidad inquietaba la sabiduría imperial de su poder, exterminaron a todos los varones y absorbieron a sus mujeres. La dictadura argentina pretendió reciclar a los hijos de los guerrilleros exterminados.

Aunque Heidegger, enseñando a Nietzsche, opine que en la disciplina social planificada subyace una necesidad metafísica, leyendo su misma trascripción se ve que es una concepción biológica de la organización política y del tiempo, una traslocación moderna del absolutismo medieval.

Un loco raciocinio inventó que las ideas articuladas para legitimar el ejercicio del poder pueden heredarse a la manera de la propiedad sobre las cosas. O perpetuar la alienación, inscribiendo en la mente del pueblo, a fuerza de terror y propaganda, los objetivos



de la dominación central con los rasgos de identidad que supone en una raza. Materializando, así, el asalto a la eternidad. Veámoslo, transcribiendo a Nietzsche:

La máquina como maestra. La máquina enseña por sí misma el engranaje de masas humanas en acciones en las que cada uno tiene que hacer una sola cosa: proporciona el modelo de la organización de partidos y del modo de hacer la guerra. No enseña, por el contrario, la soberanía individual: de muchos hace una máquina y de cada individuo un instrumento para *un fin*. Su efecto general es: enseñar la utilidad de la centralización.

Luego, Heidegger explica:

El adiestramiento de los hombres no es, sin embargo, domesticación, en el sentido de refrenar y paralizar la sensibilidad, sino que la disciplina consiste en almacenar y purificar las fuerzas en la univocidad del ‘automatismo’ estrictamente dominable de todo actuar. Sólo cuando la subjetividad incondicionada de la voluntad de poder se ha convertido en la verdad del ente en su totalidad, es posible, es decir, metafísicamente necesaria, la institución de un adiestramiento racial, es decir, no la mera formación de razas que crecen por sí mismas sino la noción de raza que se sabe como tal. Así como la voluntad de poder no es pensada de modo biológico sino ontológico, así tampoco la noción nietzscheana de raza tiene un sentido biologista sino metafísico” (*Nietzsche, Destino, Barcelona, 2001*).

La cosificación del trabajador es consecuencia y condición de la explotación. Como las armas, los avances tecnológicos pueden ser manipulados en pro de concepciones enfrentadas del mundo.

10. ESTADO DE SITUACIÓN. Entonces, lo que asegura la paz social no es la “legitimidad”, sino la continúa evitación del escándalo, conocida como “governabilidad”. El escándalo acaece cuando una situación provoca la demostración práctica y evidente de que la norma es de cumplimiento imposible, es decir, un fraude.

Es una República porque tiene una Constitución, pero en su esencia es un espectáculo teatral cuya normalidad reside no en el tan mentado Pacto Social de Rousseau, que habilitaba para el Estado el monopolio de la violencia.

¿Qué habrá pasado con la voluntad de los padres de la patria?

El derecho del más fuerte es previo y fundante del estado de situación; el pacto social es la fachada, lo que de verdad rige es, un pacto de verosimilitud con el público teatral.

Todos saben que la luna es de papel pero se conmueven con su brillo de plata. Si se escuchara el llanto de las viudas o el tronar de las armas, fingirían que son de utilería, como ocurre en los países lejanos.

La otra realidad, nunca se cumple pero, sin embargo, es obligatoria, funciona por imperio de la hipocresía, lo que se menciona como el doble discurso.

El juez Garzón radicalizó la pretensión de vigencia de la ley con lo que hizo evidente su fraude. Pretendía el absurdo de que los beneficiarios del genocidio geopolítico franquista en cuyo encubrimiento se basó el pacto social vigente se condenaran a sí mismos. Esa era la aporía.

El escándalo demostraría que el fraude está vigente y todos, sin embargo, estuvieron obedeciéndolo, hacían tripas corazón o la vista gorda. Toma cuerpo el cuento de Hans Christian Andersen, cuando el chico, mirando la procesión, grita “¡El rey está desnudo!”.

Esa circunstancia tornaría la situación socialmente inaceptable. El problema que luego se plantearía sería localizar el correcto chivo expiatorio: ¿a quién condenar por la negligencia, para que las cosas no pierdan gobernabilidad?

A propósito de “la recurrencia del porvenir en el presente” de la crisis de la representación, aquí, resultaría útil diferenciar los distintos conceptos de verdad.





Desde la época griega, la verdad era la coincidencia de la idea y la cosa; era accesible únicamente al pensamiento y no a los sentidos. Presuponía, con el pensador, una relación de presente hacia el pasado, la preeminencia de lo permanente frente a lo cambiante y la desconfianza hacia la “mera” apariencia.

Distinta es la *emunah* para la concepción hebrea, la verdad es la confianza hacia el futuro, que será fiel y cumplirá su promesa. De ahí, el doble sentido de la palabra “Amén”, que incluye el amor y la seguridad de pasar a la práctica.

Los revolucionarios de Francia y Norteamérica habían descubierto, en su siglo, lo que el chico había gritado.

Existía una teoría del mundo, confiando, esperando, fogoneando para que las condiciones se dieran. Es decir, un otro proyecto vivido como verdad. De ahí la importancia del pensamiento práctico.